

LO ESENCIALMENTE COMPLEJO EN COOP

EDUARDO ARROYO

EDUARDO ARROYO nació en Bilbao en 1964. Se graduó de arquitecto y urbanista en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid en 1988 y desde entonces ha sido profesor y conferenciante alrededor del mundo. Es doctor en Arquitectura. Obtuvo el doctorado con la tesis "Complejidad Esencial". Su oficina o estudio, NO.MAD, se fundó en Ámsterdam en 1989 y desde 1996 tiene su base en Madrid. El trabajo de NO.MAD ha sido premiado en múltiples ocasio-

nes, publicado y expuesto en diversos idiomas. Algunas de las obras esenciales de NO.MAD son el estadio de Lasesarre, la Casa Levene, la guardería de Sondika, la Plaza Desierto, el Banco Aquia, la Casa Zafra-Uceda y la Universidad de Económicas EXAC de Viena. El trabajo de la oficina, que combina precisión, azar y necesidad, siempre colaborando en busca de lo desconocido, está recogido en el Libro *¡CRÉATE!*

La riqueza del léxico castellano permite manejar palabras cuyo uso cotidiano es similar pero que con una mirada menos superficial definen caracteres y propiedades muy distintos. Así, complejo y complicado o simple y sencillo adquieren su sentido profundo cuando adjetivan a las personas. La mayoría entiende que simple y complicado son atributos negativos de la personalidad mientras que sencillo y complejo, aun siendo antagónicos, son atributos positivos para personas interesantes. Estas propiedades son extrapolables y comprensibles en términos creativos y existen, por tanto, objetos y acciones simples de carácter vulgar que se camuflan de sencillos, y otros complicados que quieren aparentar complejidad. La labor primordial de todos en la actualidad es saber diferenciarlos.

Y esa labor detectivesca consiste en identificar la introducción de la complicación frente al descubrimiento de la complejidad e idénticamente el adelgazamiento de la sencillez frente a la inocuidad de lo simple. Lo complejo se muestra como una suma de propiedades que conforman un todo y lo transforman en algo más elevado. También se nos aparece como la solución a un problema por medio de la averiguación. Lo complicado, sin embargo, se conforma mediante la suma de diversas propiedades no complementarias que generan dispersión y confusión en el todo. También se presenta por la aparición de nuevos problemas mientras intentamos resolver los ya presentes. Lo sencillo es aquello que se ha desprendido de lo no necesario preservando sus propiedades intrínsecas y es un trayecto al que se llega por sustracción. Por el contrario, lo simple es un sistema estático en el que nada nuevo ocurre y nada existente se resuelve.

En 1986 el gurú informático Fred Brooks hizo una distinción clave entre la complejidad esencial y la complejidad accidental, afirmando que la mayoría de los ingenieros de software ya no se dedicaban a lo esencial por lo que todas las actividades de reducción de grandes problemas no producían ninguna mejora. En sus reflexiones definía lo accidental como la complicación que generamos nosotros mismos al intentar resolver un problema, y la complejidad esencial como aquella causada por el problema en sí al ser resuelto, entendida como algo imprescindible para su resolución que no puede ser obviado.

La complejidad esencial absorbe el carácter primordial de la vida, lo complejo, pero intenta reducir los factores de la misma al mínimo imprescindible para su resolución. Supone un intento por adelgazar lo complejo hasta el límite a partir del cual ya no podemos dar soluciones a un determinado problema. No es un atributo más de nuestra actualidad urbana, es su realidad. Puesto que los lugares en los que actuamos siguen teniendo problemas sin resolver suponemos que la solución ha de atacar el corazón de su complicación. Es cierto que podemos disimular el resultado con elementos de carácter tranquilizador, calmantes instantáneos de apariencia simple, pero el tiempo negará su propiedad analgésica para volver a mostrar la enfermedad en toda su virulencia. Al igual que la mayoría de las personas prefieren tomar una aspirina antes que ir al médico y pretender que no ocurre nada, en nuestras ciudades vemos cada vez más esa actitud de ocultación de las complicaciones urbanas con golosinas políticas sin ninguna propiedad activa, excepto la de un hechizo popular momentáneo.

Y es en este contexto donde creo que se encuadra el proyecto COOP de Santiago Benenati y Javier Tellechea de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de la República de Uruguay, ganadores del premio Archiprix 2015. Los arquitectos transitan por un paisaje lleno

de vocablos referentes de la contemporaneidad rabiosa como delicado y complejo, lógica sistemática, mecanismo adaptativo, densidad de agrupamiento, atenuación de límites, configuraciones diversas, incertidumbre revelada y territorio ambiguo o emocionante. Pero, ¿cuál es la pregunta que en el fondo se hacen y nos hacen? ¿Qué es lo que persiguen nuestros héroes urbanos? Pues nada más ni nada menos que una utopía: esa agradable música históricamente intermitente que suena, en sus propias palabras, a dimensión ética, labor manual, socios cooperativos, intercambio, expresión trascendente, vida cotidiana o ayuda mutua.

Pienso que en este tiempo financieramente esclavizado y débil hasta lo absurdo, creer que los cambios urbanos son posibles es monopolio de los temerarios, pero el manifestarlos viables y ejecutarlos es patrimonio exclusivo de los valientes. Es por ello que pensar a partir del sonido que estos jóvenes arquitectos nos plantean a través de sus exquisitas representaciones y presentarlo como algo cercano y creíble es un ejercicio que merece sin duda toda nuestra atención. Ese equilibrio entre lo abstracto y lo atmosférico excita nuestras neuronas por saber cómo terminarían siendo las actuaciones cooperativas planteadas en otra realidad no tan pragmática como la actual. Tengo la impresión de que ni sus creadores lo saben, es más, sospecho que ni siquiera les importa. Y así debe ser en ese universo de los soportes para acciones colectivas, en el que la sorpresa campa a sus anchas entre actores cuyo grado de entrenamiento arquitectónico es a veces nulo.

Y, como siempre que se avanza hacia la utopía, aparecen los diversos niveles de precisión que gradúan la organización de la sociedad y su ciudad, desde aquel en el que el ciudadano tiene escasa presencia, como el trazado especulativo, hasta las decisiones autotranquilizantes de carácter individual, como la compra de una silla y un edredón en Ikea. La labor de nuestros jóvenes creadores define claramente ese gradiente de precisión: por un lado, la ciudad pensada como un sistema de intervenciones puntuales detectadas con nitidez conceptual y de una abstracción consistente. Por otro, y en una escala menor, las cirugías urbanas pensadas como un sistema adaptativo, aún más preciso si cabe, que responde a cada lugar de manera variable como soporte estructural. Y por último, las difíciles acciones del “finiquito espacial” utopista que persiguen infructuosamente envolver la piel del usuario desprotegido siempre cercano a esa vida colectiva de carácter volátil, indeterminado e impreciso. La vida sin concesiones se muestra siempre inasible para aquel arquitecto que intente atraparla con el diseño, pero también intuimos que su definición espacial no puede ser dejada al libre albedrío de la población. Y así les ocurre a nuestros aguerridos diseñadores uruguayos definiendo la atmósfera de la “vida” en sus últimos *collages* de manera tan reconocible que indudablemente debilitan la potencia creativa y seminal de todo su sistema cooperativo. La grandeza de toda utopía reside en que nunca sabremos si funcionará y debe por tanto basarse en un mensaje un tanto difuso e incluso irreconocible en su representación.

¿Qué ocurriría si esta historia COOP tuviera un final impreciso, sorprendente o incluso indetectable? ¿No sería entonces esa gran aventura vital en la que todos deseamos sumergirnos?

Esta pregunta debería provocar en todos nosotros una resonancia vital más profunda que la de cualquier expeditivo ideario urbano de corte político-pragmático. Hagamos el intento de responderla y seremos impulsados desde nuestro reconocible confort a una inmersión en el mundo desconocido e incómodo de lo esencialmente complejo. Un lugar especial en el tiempo para apostar por aquello que huyendo de lo banal puede resolver incógnitas urbanas y sociales. Para los que verdaderamente creemos en un mundo más amable, todavía por llegar, la música COOP suena emotivamente acordada. Aun así, no olvidemos que para la mayoría que puebla nuestro planeta neoliberal, incluidos aquellos que portan disfraces ideológicos de desprotección, la partitura colectiva pertenece al infierno de sus peores pesadillas.